

## Un campesino genial: JULES RENARD

Por el Dr. Ramón ROMERO

(Envío del autor, en Managua, Nicaragua.)

El caso es corriente, se ve en todas partes, en los hospicios, y en la sociedad; pero sólo a un escritor se le ocurrió hablar con toda franqueza del abandono espiritual y las funestas consecuencias que de él se derivan. Ante esa historia verdadera, dolorosa y simple, cobra un valor muy grande el espíritu en los llamados a tenerlo como tuente de bien y en el que lo reclama para asegurar su felicidad de niño y de hombre.

Nace un niño en humilde hogar. El padre es un angustiado: en nada cree y nada le agrada; si le sirven, mira de soslayo; sin gratitud, sin benevolencia; no tiene palabras porque preñere dirigiéndolas al espacio con la cólera habitual. La madre se levanta al alba, con la cara invadida por la niebla del sueño: malhumorada, deja ir su hastio profundo en el ambiente hogareño con las palabras más duras contra su marido, contra sus hijos, contra todos.

He aquí que nace un niño blanco, pecososo, con el cabello del color de zanahoria; pero maravillosamente provisto de espíritu y de mente. Va creciendo entre esos cardos maldicientes, sin un rayo de ternura y de bondad para él. A los ocho años conoce ya todas las angustias y todas las torturas del alma, y así seguirá su vida de joven y de hombre.

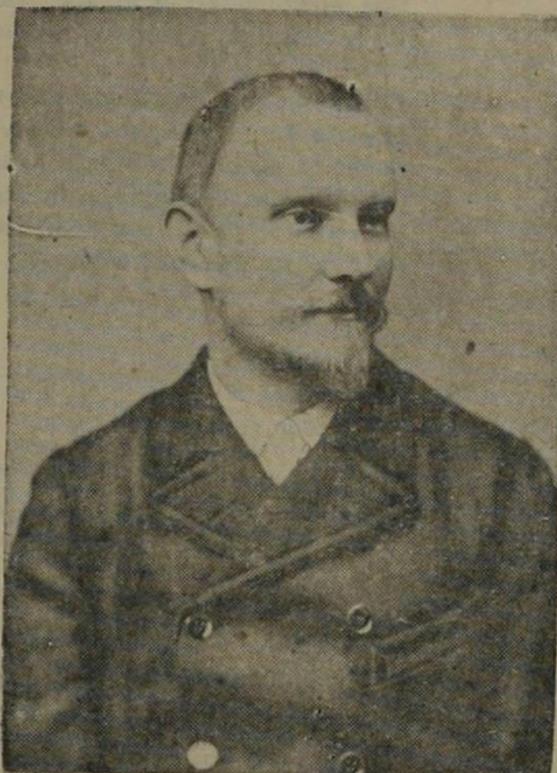
Por eso escribe: "nacé con dos alas; pero una rota, inservible". Este campesino que así habla, llamado Jules Renard, reconoce en su alma nosfálgica, el drama de su vida. El ala rota no se podrá remendar en la trastienda de su existencia.

dos de temas esenciales y orientadores. Si en algún momento, el lenguaje incurre en énfasis, no se trasmite para nada tal énfasis en la interpretación. Este es un Alberdi trabajado con limpieza. Nada se oculta de él, ni son forzadas las explicaciones de sus pasos impugnables. Si el lenguaje no borra la adjetivación encomiástica, insistiendo en declarar de antemano la grandeza del personaje, en cambio su retrato y el inventario de sus andanzas ideológicas y políticas no eluden nada del Alberdi problema, del Alberdi conflicto. — (Editó Fondo de Cultura Económica).

Dardo CUNEO

Buenos Aires, 1955

Al Señor Ministro de Francia,  
Mr. Raymond Pons.



Jules Renard

El campesino amargado lleva en sí un extraño componente: su amor a la naturaleza, a su provincia, a los valles de Gonne, entre las colinas del Nivernais y los montes de Morvan donde nació, valles de cielos claros, de árboles florecidos, de tierra húmeda y negra. Esas visiones puras de la infancia las llevaba dentro, convertidas en una madeja de sueños siempre gratos y dominadores.

Es una situación desolada la de un niño que va creciendo en abandono y al llegar a la juventud, cuando nacen las pasiones y los anhelos, sea el mismo, sin reconfortantes adquiridos, sin dádivas de amor que lo levanten de su medicina de amargura. Y eso que le acontece a Renard lo experimenta su padre, a quien amaba, dice por esas raíces subterráneas que unen a los espíritus. El padre adquiere ese aburrimiento y ese dejarse morir sin hablar ni sentir urgencia de nada a causa de esa que fué su esposa y madre del pequeño, tirana abierta, cruel en sus imputaciones de odio, de sugerencias malévolas y de palabras envueltas en sutil veneno. Había, pues, en esas vidas, el querer verse y no verse, el repudio diario a cada encuentro obligado en el estrecho hogar. Hay una frustración de esas vidas, de lo que pudo haber sido y no lo fué por esas causas o copmlica-

ciones que se buscan, como en el caso del padre, y que se heredan, en el caso del hijo. Cada día es una araña monstruosa negra, silenciosa, rondando en una tela prendida no se sabe dónde, sin límites, sin fin donde sólo prevalece la idea tergiversada de la existencia. Esto le hizo ver a Renard la realidad a través de una niebla un tanto espesa de escepticismo, de ironía, de sarcasmo, y sencillamente deja escapar en sus pensamientos el sedimento formado por la escuela de amargura; pero no es que trate de falsear los hechos; los examina, los expone con magnífica sobriedad, tal como podría hacerlo el que aimara una hoja con maestría, y luego extrajera la condición, la clase y la vida de la planta. El hecho en sí es bello para Renard, lo son las cosas, el mundo, la luz, las sombras: se introduce en ellas con el alma pura, y sólo en ellas encuentra la serenidad; pero si baja a la vida cotidiana se asombra, siente asco espiritual, y corre a su aislamiento. De ahí su punzante ironía. Entre la familia de escritores no se encuentra cómodo; los ve, como en realidad son, vanidosos, ligeros, carcomidos por oscuras pasiones de origen malsano. Le suena entonces la campanilla de la franqueza, y anota en su diario lo que piensa: "Ayer comí en 'La Plume'. El espantoso Verlaine: un Sócrates con mezcla de Diógenes sucio, con algo de can y de hiena. Tembloroso, se deja caer sobre la silla que le acaban de aproximar. Oh, su risa, su risa de nariz, una nariz como trompa de elefante y el ceño arrugado de su frente". "Ese Mauricio Barrés, con su cráneo de Edgar Allan Poe, infectado de coquetería; con las ideas que él desposa, hace matrimonios de convivencia; Paul Adam, quisiera un golpe de bombo después de cada una de sus frases"; Goncourt, cuya mano tiene la blandura de edredón húmedo; "George Sand, esa vaca lechera de la literatura"; Huysman, grisáceo, barba en punta, rasgos duros, capaz de envenenar a las literatas impregnadas de cantáridas" Catulle Mendès, el rufián de las letras; Lemaitre, innoble; Anatole France, cretino:..."

Rara psicología del escritor; pero no se crea en la exageración de sus percepciones: le agradaba la firmeza de las costumbres, la utilidad manifiesta de la literatura, esa literatura sobria y elegante del clasicismo francés que él sigue en el más delicado de sus libros, su "Diario", en "Pelo de Zanahoria" y otros cuentos.